



le presentaron delante armados de todas piezas de punta en blanco, y áun se ordenó para adelante, y se guardó que desta misma suerte se diese siempre y tomase la órden de la caballería.

El público regocijo y contento que desto resultó, destemplaron y menoscabaron dos cosas de disgusto que sucedieron; la primera fué que se comenzó á tratar divorcio entre doña Blanca y D. Pedro, infante de Portugal; la segunda, que pretendia en lugar de doña Blanca recibir por mujer y casarse con doña Constanza, hija de D. Juan Manuel; ambas á dos cosas eran pesadas y desabridas para el rey de Castilla. Doña Blanca era enfermiza y mañera, que no podía tener hijos. El principal autor y movedor deste divorcio, Fernan Rodriguez de Balboa, prior de San Juan, aconsejaba á la reina, cuyo canciller era, lo procurase para vengarse en esta forma del amancebamiento tan continuado y feo de su marido. En esta sazón el rey tuvo en la reina á D. Fernando, que si viviera fuera sucesor en el reino, y en doña Leonor su combleza á D. Sancho, á quien dió la villa de Ledesma. Los dos nacieron en un mismo tiempo en Valladolid. Demas desto, Abomelique, hijo del rey de Marruecos, como quedó concertado con el rey de Granada, pasó el Estrecho de Cádiz, y en Algecira se intituló rey della y de Ronda. Vinieron con él de África siete mil jinetes con codicia, intento y esperanza de enseñorearse de toda España.

En el principio del año de mil y trescientos y treinta y tres, á los trece de Enero, el arzobispo de Toledo D. Jimeno de Luna celebró concilio en Alcalá de Henares, *indictione prima*, y del pontificado de Juan XXII el año diez y siete. Abomelique asimismo se puso sobre Gibraltar luégo por el mes de Febrero; combatiéronla sus gentes con mantas, torres y con todo género de máquinas militares. El rey se detuvo algunos dias en Castilla la Vieja para apaciguar algunos alborotos de gente sediciosa; pero envió delante á Jofre Tenorio, almirante de la mar, y á los maestres de las órdenes militares, para que por tierra socorriesen á los cercados; desigual ejército contra tan grandes fuerzas como eran las de los moros. Padecian

grande falta de mantenimientos en la villa por culpa y negligencia de su alcaide Vasco Perez, que por hacer de la guerra granjería no la tenía apercebida de almacen y municiones, ni de soldados. Por otra parte, el rey de Granada hizo entrada en tierra de Córdoba, grandes robos y quemas en los campos; tomó á Cabra, derribó el castillo, y llevó cautivos todos sus moradores por traicion del alcaide, que llamó á los moros, y los metió dentro de la villa y les entregó el castillo.

Gibraltar, despues de padecidos grandes trabajos y perdida la esperanza de poderse defender, en el mes de Junio se dió á partido, salvas la libertad y vidas de los soldados y de los vecinos. El alcaide, Vasco Perez, por acusarle su conciencia de la maldad cometida, y temer la indignacion del rey y el odio del reino, se pasó en África. Esta pérdida causó de presente grande dolor y puso para lo de adelante grandísimo miedo, por acordarse que la general pérdida y destruccion que los moros hicieron en España, comenzó y tuvo principio por aquella parte. El rey de Castilla, pareciéndole que dejaba sosegados los sediciosos, hechos por todo el reino grandes llamamientos y juntas de gente de guerra, y puesto en órden un buen ejército, en lo recio del estío vino á Sevilla, tarde y sin ningun provecho para el socorro de Gibraltar, que ya halló en poder de los moros. Diéronle esta nueva de la pérdida de Gibraltar en Jerez: todavía con esperanza de cobrarla ántes que los moros la fortificasen y municionasen, con grande presteza fué sobre ella. Hallóse en esta jornada D. Jaime de Exerica con algunas compañías de aragoneses.

Cerca del pueblo, con varios sucesos se escaramuzó muchas veces; la batalla campal ambas partes la esquivaban. Abomelique no se descuidaba, ni se ensoberbecia con la victoria; el rey tenía esperanza de volver á ganar á Gibraltar. Desbarató sus intentos la falta de bastimentos que se comenzó á sentir en los reales, porque aunque se traía continuamente gran copia dellos por el mar, la gran muchedumbre de gente brevemente los consumia. Por esta mengua muchos soldados desamparaban el real y caian en manos de Abomelique, que tenía



puestas celadas en los lugares que para esto eran más cercanos y á propósito. Puso en esto tanta vigilancia y cuidado, que cautivó muchos soldados, y en tan gran número, que con gran deshonra y mengua del nombre cristiano se dice que se vendia un cautivo por una dobla de oro. Acudió el rey de Granada, con cuya venida Abomelique, y por ver nuestro ejército disminuido y sus fuerzas quebrantadas, cobrando nuevo esfuerzo y ánimo, se determinó de presentar al rey la batalla; con esta resolucion sacó el ejército tres veces en campaña.

Al rey de Castilla le pareció que era el mejor consejo el más seguro, ca fuera temeridad con vana esperanza de un buen suceso arriscar el todo, y ponerlo á la temeridad de la fortuna y trance de una batalla. Los más cuerdos y prudentes juzgaban asimismo, que si tomaban á Gibraltar, que era á lo que allí eran venidos, todo lo demas se haria bien; á esta causa se resolvió de excusar la batalla. Cerraron, pues, todos los reales con un foso y albarrada para estorbar los rebatos de los enemigos: tiróse este foso desde el mar haciendo un cierto seno y vuelta, y yéndose encorvando conforme á la disposicion de los lugares, de manera que con la otra punta del arco tocaba en la otra ribera. Estas dos cosas interpretaban y creian los enemigos que se hacian de miedo, con que les creció el ánimo, y concibieron grande esperanza de la victoria.

Miéntas esto aquí pasaba, D. Juan Manuel y D. Juan Nuñez de Lara y sus amigos, puesta confederacion con el rey de Aragon, hacian gravísimos daños en la raya de Castilla. Habíaseles juntado D. Juan de Haro, señor de los Cameros, caballero rico, poderoso y de muchos vasallos: así de la parte que debian venir socorros y gente, de allí resultó daño gravísimo. Por esto, á pedimento de los moros, les concedió el rey treguas por término de cuatro años, á tal empero que todavía el rey de Granada pechase y acudiese con las parias que solia: con tanto se quedó Gibraltar por los moros, no sin grande nota y menoscabo de la majestad real. El rey, que consideraba prudentemente el peligro, juzgó aquellos partidos por honrados, que eran más conformes al tiempo y aprieto en que se hallaban las cosas, sin hacer caso de las

murmuraciones del vulgo, ni de la que llama honra la gente ménos considerada.

Hechas las treguas, los reyes de Castilla y de Granada se hablaron, y en señal de amistad comieron á una mesa: hiciéronse asimismo á porfia ricos presentes, y diéronse el uno al otro joyas y paños de gran valor: cortés contienda y liberalidad en que el moro quedó vencido, camino por do se le ocasionó su perdicion y ruina. El rey de Castilla se volvió á Sevilla, salva y entera la fama de su valor, no obstante los malos sucesos que tuvo. Abomelique se partió para Algecira, y el rey de Granada caminó á Málaga con deseo de ver aquella ciudad. Allí los hijos de Ozmin (que á todas estas cosas se hallaron presentes) se conjuraron de matarle. Abominaban y blasfemaban dél: cargábanle que con la familiaridad y trato que tenía con los cristianos, á sí mismo y á su nación y secta deshonraba. Acaso traía puesta una ropa que le dió el rey de Castilla: esto les encendió más el enojo y saña que contra él tenían, y les dió mayor ocasion de calumniarle.

Andaba con el rey un cierto moro llamado Alhamar, de la sangre y alcuña de los primeros reyes de Granada, más noble que señalado ni de grande cuenta. Á éste tentaron primero los hijos de Ozmin, y le persuadieron que se vengase de la notoria injuria y agravio que se le hacia en tenerle usurpado el reino que de derecho le venia, y que castigase el grande desacato que contra su secta se cometia. Concertada la traicion, estando el rey muy seguro y descuidado della, le mataron á puñaladas en veinticinco dias del mes de Agosto. Reduan, que á este tiempo era el caballero de más autoridad, y que habia sido alcaide y justicia mayor de Granada, á la sazón ausente, no supo cosa alguna ni fué en esta cruel traicion. Éste procuró que un hermano del muerto, que se llamaba Juzeph Bulhagix, fuese alzado por rey de Granada, como lo hizo: cosa soberbia y muy odiosa dar el reino de su mano, mayormente dejando sin él á Ferrachen, hermano mayor del rey muerto. Desta manera andaban las cosas revueltas entre los moros. Pasáronse al nuevo rey los de Aguilar, D. Gonzalo y D. Fernando, hermanos, señores de Montilla y de Aguilar,



caballeros poderosos en el Andalucía. Estaban estos caballeros (aunque no se sabe la causa) desavenidos y mal enojados con su rey. Empezáronse á hacer robos y entradas en las rayas de los reinos, con que se rompieron las treguas que poco ántes se concertaron.

El rey de Castilla se detuvo en Sevilla más tiempo del que se pensó, y aún del que él quisiera: esperaba en qué pararian estos movimientos. Pasaron más adelante los daños, y aún revolvieran guerra formada contra los cristianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre, y le mandara volver á África para que le sirviese en la guerra de Tremecen. Con su partida se volvieron á tratar treguas con el nuevo rey de Granada. Y en el principio del año de mil trescientos treinta y cuatro se concluyeron y asentaron por otros cuatro años, sin que el rey de Granada quedase obligado á pechar las párias y tributo que cada año solía: tanto era el deseo que tenía el rey de quedar libre para castigar los sediciosos y alborotados. En este tiempo, de un parto de doña Leonor de Guzman, le nacieron al rey dos hijos, D. Enrique y D. Fadrique, bien nombrados adelante.

Primero pasó el invierno que el rey pudiese desembarazarse de la Andalucía. Á la primavera vino á Castilla, y fué á Segovia, y de allí á Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra sino correrías y robos, comenaron á ser molestados, haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorío de Lara fueron muchas villas tomadas por el rey, como Ventosa, Bustos, Herrera, y lo demas que en tierra de Vizcaya tenían aquellos señores, y no estaba acabado de allanar, se recibió á merced debajo del amparo real.

En una junta que se hizo en Guernica debajo de un antiquísimo árbol á la usanza de vizcainos, fué el rey en persona jurado y le prometieron fidelidad; algunas fuerzas y castillos quedaron todavía en aquella tierra por los de Lara, que no se quisieron dar al rey, confiados más en ser inexpugnables por el sitio y naturaleza de los lugares, que en otra cosa alguna. D. Juan de Haro, en su villa de Agoncillo, por mandado del rey fué degollado, y toda su tierra

como de rebelde confiscada. La villa de los Cameros dejó á sus hermanos D. Álvaro y don Alonso, porque del todo no pereciese el señorío y el nombre de esta ilustrísima casa.

El alcaide del castillo de Iscar, confiado en su fortaleza, y porque la tenía bien bastecida, cerró las puertas al rey, por lo cual siendo preso, le fué cortada la cabeza; aviso con que se entendió que ningun juramento, ni homenaje hecho á los señores particulares, excusa los desacatos que contra los reyes se cometen. Por estos mismos dias, en los postreros del mes de Agosto, parió la reina en Búrgos un hijo que se llamó D. Pedro, que por muerte de D. Fernando, su hermano, por triste y desdichada suerte suya y de Castilla, sucedió en fin en el reino. De doña Leonor nació al rey otro hijo llamado eso mismo, D. Fernando. En Aragon murieron dos hermanos de aquel rey, uno en pos de otro. D. Jaime, maestre de Montesa, murió en Tarragona, donde ántes renunció el derecho del reino; D. Juan, arzobispo de Tarragona, en lugar de tierra de Zaragoza que llaman Povo, á los diez y ocho de Agosto, enterraron su cuerpo en la iglesia de Tarragona dentro de la reja del altar mayor. Iba á verse con el rey su hermano. Sucedióle en el arzobispado Arnaldo Cascomes, obispo que era de Lérida.

El rey de Aragon, aunque se hallaba en lo bueno de su edad, por sus continuas indisposiciones que le sobrevinieron, luégo que se volvió á casar, alzó la mano, no solamente de las cosas de la guerra, sino también del gobierno del reino, lo cual todo encargó á D. Pedro su hijo mayor. La reina doña Leonor (como aquella que mandaba al rey) con sus continuos é importunos ruegos alcanzó dél que diese á sus hijos D. Fernando y D. Juan algunas villas y ciudades; entre las demas fueron Orihuela, Albarracin y Monviedro; recibia en esto notable agravio y perjuicio el infante D. Pedro, ca le disminuian y acortaban un reino que de suyo no era muy grande. Acusábanle al rey un juramento que los años pasados hizo en Darcaca, en que se obligó y estableció por ley perpétua que no enajenaria cosa de la corona real.

Murmurábase en el reino este hecho; rugía-

se que el rey no tenía valor, y se dejaba engañar de las caricias y mañas de la reina que le tenía como enhechizado. Desta ocasion entre la madrastra y el alnado resultó un mortal odio, de que se siguieron grandes alborotos en el reino. La reina, para hallarse apercebida suplicó al rey de Castilla tuviese por bien que se viesen; otorgó él con los ruegos de su herma-

na; viéronse en Ateca, aldea en tierra de Calatayud; el rey prometió á la reina de asistilla con sus fuerzas, y no faltarle cuando le hubiese menester. D. Juan de Egerica y su hermano D. Pedro, que seguian la parcialidad de la reina, quedaron animados á la servir y amparar cuando se ofreciese, y por cuanto sus fuerzas alcanzasen.



El tiempo del que se pensó, y aún del que él quisiera: esperaba en qué pararian estos movimientos. Pasaron más adelante los daños, y aún revolvieran guerra formada contra los cristianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre, y le mandara volver á África para que le sirviese en la guerra de Tremecen. Con su partida se volvieron á tratar treguas con el nuevo rey de Granada. Y en el principio del año de mil trescientos treinta y cuatro se concluyeron y asentaron por otros cuatro años, sin que el rey de Granada quedase obligado á pechar las párias y tributo que cada año solía: tanto era el deseo que tenía el rey de quedar libre para castigar los sediciosos y alborotados. En este tiempo, de un parto de doña Leonor de Guzman, le nacieron al rey dos hijos, D. Enrique y D. Fadrique, bien nombrados adelante.

Primero pasó el invierno que el rey pudiese desembarazarse de la Andalucía. Á la primavera vino á Castilla, y fué á Segovia, y de allí á Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra sino correrías y robos, comenaron á ser molestados, haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorío de Lara fueron muchas villas tomadas por el rey, como Ventosa, Bustos, Herrera, y lo demas que en tierra de Vizcaya tenían aquellos señores, y no estaba acabado de allanar, se recibió á merced debajo del amparo real.